

Tres fragmentos del
CUENTO DEL GRIAL
de Chrétien de Troyes
(...1160 - 1190...)
Versiones de Francisco Serrano

Chrétien de Troyes, el primer gran poeta-novelistas francés, es uno de los narradores más importantes de la historia de la literatura. Escribió una serie de obras conocidas como materia de Bretaña, entre las que destacan El caballero de la carreta (o Lanzarote), El caballero del león y sobre todo el célebre Cuento del Grial (Li contes del graal), una novela en más de nueve mil versos pareados, de la que aquí presentamos los versos iniciales y la escena de la aparición del Grial. Esta obra —que su autor no pudo terminar porque, como dijo uno de los escritores que continuaron la novela, “la muerte se le adelantó”—, narra por primera vez las aventuras del Rey Arturo, los caballeros de la Mesa Redonda y la busca del Grial, el objeto maravilloso donde, según la tradición, se recogió la sangre de Cristo crucificado. Se trata de una saga que inspiró a numerosos poetas en toda Europa y que ha tenido una enorme influencia en el imaginario de Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días. Como poeta, adaptó la moda provenzal a la literatura del norte de Francia.

(fragmento inicial)

Era el tiempo en que los árboles florecen,
prados y bosques y yerbas reverdecen,
que en su latín van entonando las aves
en la mañana las canciones más suaves
y toda criatura de gozo se inflama,
cuando se levantó el hijo de la Dama
Viuda en la yerma floresta solitaria,
montó a su corcel con prisa rutinaria,
y sin pereza tres venablos tomó;
así en la vasta floresta se internó.

Y no hubo ahí ningún gozo que no encuentre
pues su corazón se le alegró en el vientre
por la dulzura del tiempo que sentía
y los cantos de los pájaros que oía.

Y por la dulzura del tiempo sereno
a su caballo quiso quitarle el freno
y lo dejó que pastara en libertad
por la hierba verde con tranquilidad.

Y él, que tan bien sabía cómo arrojar
sus venablos, los empezó ahí a lanzar
uno hacia adelante y el otro hacia atrás,
hacia arriba uno y hacia abajo otro más.

Y de este modo se quiso divertir
hasta que escuchó por el bosque venir
prestos a cinco caballeros armados,
con todas las armas muy bien equipados.

Y las armas de aquellos que así llegaban
hacían un gran ruido porque chocaban
con las ramas y troncos del encinar,

y oye férreas lorigas resonar.
Y las lanzas y escudos entrechocaban
y la madera y el hierro rechinaban.
Y el muchacho puede oír pero no ve
a los que hacia él se encaminan, y dice: “¡Eh,!
sí, por mi alma, mi madre tiene razón
cuando me ha explicado que los diablos son
algunas de las criaturas más horribles
del mundo y algunas de las más temibles.
E igualmente ella me ha querido enseñar
que a causa de esto me debo santiguar,
pero no, voy a desdeñar su enseñanza,
y los acometeré, si no con lanza
sí con los venablos que llevo: al más fuerte
lo heriré y los otros habrán de huir, por suerte”...,
dijo, pero cuando los vio al descubierto
salir de la espesura y a cielo abierto,
y contempló las lorigas relucientes
y aquellos yelmos claros y refulgentes...,
dijo: “¡Señor! Son ángeles los que veo.
Perdón, los confundí. ¡Ah!, actué muy mal, creo...”

(del episodio 6)

(Perceval, el joven héroe del poema, llega al castillo del Rey Pescador y es invitado a pasar a un gran salón donde el Rey, sentado ante una enorme chimenea y rodeado de su corte, lo invita a presenciar una extraña procesión: la aparición mágica del Grial.)

Salió un paje de un salón y llevaba
una larga lanza blanca que empuñaba

por la mitad, y todo el mundo veía
la lanza y el hierro blanco y que salía
una gran gota de sangre de la punta
y cómo en la mano del paje se junta
aquella gran gota de sangre bermeja.
Todo esto a Perceval pasmado lo deja,
pero como acaba apenas de llegar
qué cosa es aquello evita preguntar
pues se acuerda del consejo que le ha dado
su sabio mentor de no hablar demasiado.
Y así teme que sea una necedad
preguntar, y prueba de rusticidad...

Y una doncella, hermosa y gentil, venía
con los pajes, y en sus manos sostenía
Un Grial. Y cuando ella entró con aquel Grial
se hizo en el salón una claridad tal
que las candelas del salón se opacaron
y, perdiendo su claridad, se eclipsaron
como las estrellas pierden su fulgor
cuando el sol o la luna alzan su esplendor.

El Grial que iba adelante era de fino oro
puro y con joyas que causaban azoro,
con ricas y admirables piedras preciosas,
del mar y de la tierra las más valiosas.
Porque las de Grial, sin duda, superaban
a todas las demás, tanto así brillaban.
Y el joven, viendo todo aquello pasar,
no se atrevió en modo alguno a preguntar
a quién servía así el Grial, pues no olvidó

las sabias palabras del que lo instruyó.
Me temo que le sea perjudicial
—puede traerle tanto bien como mal—,
yo no lo sé, porque quedarse callado
no es mejor que hablar demasiado...

(del episodio 9)

(Quizá el pasaje más famoso y celebrado del Cuento del Grial: el rudo caballero medieval vive un momento de intensa y refinada emoción y se extasía contemplando tres manchas de sangre en la nieve.)

(... Esa noche, en un prado)

cerca del bosque acampó el rey con su gente.
Por la mañana nevó abundantemente;
toda la comarca amaneció muy fría.
Perceval se levantó, como solía,
pues así pensaba buscar y encontrar
lances de caballería, y sin dudar
se encaminó hacia el prado aquel helado
donde el cortejo del rey ha acampado.
Pero antes de llegar a las tiendas vio
volar a una bandada de ocas y oyó
que aleteaban, deslumbradas, chillando
porque un fiero halcón las venía acosando,
hasta que a una de ellas la acometió,
y sobre la tierra helada la abatió.
Es muy temprano, no la va a levantar
y la abandona sin quererla agarrar.
Se acerca Perceval a donde vio el vuelo
mientras el halcón se eleva ya en el cielo.

Esa oca había sido herida en el cuello
y se habían derramado a causa de ello
tres gotas de roja sangre, y se esparcieron
sobre la nieve blanca, donde cayeron.
Parecía natural ese color
y la oca no sentía ningún dolor;
como nada la retenía en el suelo,
cuando él llegó, ya había emprendido el vuelo.
Y cuando Perceval vio la nieve hollada
donde cayó la oca y la sangre regada
alrededor, apoyándose en su lanza
se puso a contemplar esa semejanza:
pues la sangre en la nieve le recordaba
el fresco color de la faz de su amada.
Y ahí se ensimisma tanto que se olvida
porque en el rostro de aquella que es su vida
(se está imaginando entonces Perceval)
lo rojo estaba sobre lo blanco, igual
que esas gotas de sangre sobre la nieve.
Verlas le place tanto que no se mueve...

(Segunda versión)

(El texto original está escrito en octosílabos. Lo que sigue es un intento de adaptación a ese metro).

Cuando los prados florecen
y los bosques reverdecen
y en su latín van las aves
al alba cantando suaves
y a todos el gozo inflama,
despertó el hijo de la Dama

Viuda en el yermo solitario,
y como lo hacía a diario
montó presto en su corcel
para entrar al yermo aquel,
y tres venablos tomó
y en el bosque se internó.
No hubo gozo que no encuentre
su corazón en el vientre
por la dicha que sentía
y los pájaros que oía.
Y por el tiempo sereno
le quitó al corcel el freno
para que ahí en libertad
paste con tranquilidad.
Y él, que sabía arrojar
sus venablos, va a lanzar
uno adelante, otro atrás,
arriba, abajo otro más.
Se quiso así divertir
y de pronto oyó venir
a cinco hombres bien armados,
todos muy bien equipados.
Y sus armas al chocar
las ramas del encinar
con gran ruido resonaban,
y las lanzas rechinaban.
Y el joven oye y no ve
a los que llegan; dice: “¡Eh!,
mi madre tiene razón
cuenta que los diablos son

las criaturas más horribles
y también las más temibles.
Ella me quiso enseñar
que me debo santiguar,
mas desdeño su enseñanza
y aunque yo no tengo lanza
con mis venablos, con suerte
voy a atacar al más fuerte...”
Cuando los vio al descubierto
por el bosque, a cielo abierto,
y las lorigas brillantes
y los yelmos deslumbrantes...,
dijo: “¡Señor Dios! ¿Qué veo?
Perdón, son ángeles, creo...”

Salió un paje que llevaba
una lanza que empuñaba
por la mitad; se veía
que de la lanza salía
sangre, una gota en la punta;
la mano del paje se unta
con esa sangre bermeja.
Perceval, pasmado, deja
que pasen, sin preguntar
nada: acaba de llegar
y un sabio lo ha exhortado
a que no hable demasiado.
Verían su necesidad
como una rusticidad...

Y una doncella venía
con los pajes: sostenía
en sus dos manos un Grial.
Se hizo una claridad tal
que las velas se eclipsaron
y las luces se opacaron,
como estrellas al fulgor
del sol y su resplandor.

El Grial era de fino oro
y joyas, como un tesoro:
lo adornan piedras preciosas,
del mundo las más valiosas.

Las del Grial superaban
a todas, así brillaban.
Y el joven, al ver pasar
eso, no osó preguntar
a quién sirve el Grial, pues no
olvida al que lo instruyó.
Puede ser perjudicial
y traerle bien o mal,
no sé, quedarse callado
igual que hablar demasiado...

... Junto al bosque han acampado.
Muy fuerte había nevado;
la tierra amaneció fría.
Fue Perceval, como solía,

a buscar y a encontrar
aventuras; sin dudar
se encaminó al prado helado
donde habían acampado.
Pero antes de llegar vio
a muchas ocas y oyó
que aleteaban, chillando
pues un halcón, acosando
a una de ellas, la atacó
y en tierra la derribó.
Mas no la quiere agarrar
y la deja en el lugar.
La oca está herida en el cuello
y derrama a causa a ello
sangre, tres gotas que cayeron
en la nieve y se esparcieron.
Es natural el color.
La oca no sintió dolor;
nada la retiene al suelo
y emprendió entonces el vuelo.
Perceval se acerca a ver
si hay algo que pueda hacer.
Contempla la nieve hollada
y la sangre ahí regada,
y apoyándose en su lanza
evocó una semejanza,
pues eso le recordaba
los colores de su amada.
Y se abstrae, pues no olvida
la faz de la que es su vida:

rojo sobre el blanco, igual
(se imagina Perceval)
que sangre sobre la nieve.
Y, extasiado, no se mueve...